

PRIMAVERA ÁRABE, OTOÑO OCCIDENTAL

*Comunicación del Lic. Jorge Elías,
en la sesión privada del Instituto de Política Internacional,
el 7 de noviembre de 2013*

PRIMAVERA ÁRABE, OTOÑO OCCIDENTAL

Por el Dr. JORGE ELÍAS

I

Lejos de las ambiciones de un muchacho humilde como Mohamed Bouazizi estaba apurar la remoción de un déspota que se hacía llamar “el líder”, “el iluminado”, “el salvador”, “el combatiente supremo”, “el sol que brilla sobre los tunecinos” y “la ambición que nutre al pueblo”. La mera mención de Zine al Abidine Ben Alí acarreaba, en Túnez, un deseo reservado al profeta Mahoma: “Que la paz esté con él”. Eso ocurrió hasta el 14 de enero de 2011. Ese día, por primera vez en 23 años, los imanes omitieron en la oración el deseo de que Alá preservara la salud de Ben Alí y la de su familia.

Era un indicio del cambio: los tunecinos le habían perdido el respeto al *rais* (presidente), si no el miedo, pilar del principio de autoridad entre los árabes. Bouazizi, vendedor de frutas y verduras en la plaza de un pueblo ignoto de Túnez, Sidi Bouzid, había perecido 10 días antes. Tenía 26 años de edad. Estaba harto de los

abusos. La policía, entrenada en sobornos y represalias, lo amenazaba a menudo. La mañana decisiva, el 17 de diciembre de 2010, se rehusó a soltar un dinar más. Le confiscaron el carro y, entre burlas, recibió una bofetada de una agente municipal. Que una mujer golpee a un hombre supone entre los árabes la peor ofensa.

En un rapto de ira, el frustrado Bouazizi se empapó en gasolina. Ardió en gritos. Lo hospitalizaron con severas quemaduras. Lo visitó antes de morir el denostado Ben Alí, envuelto en sus propias llamas por las protestas masivas contra la arrogancia, la prepotencia y la corrupción de su régimen. Era el final. La esposa de Ben Alí, Leila Trabelsi, huyó a Dubai con todo el dinero y el oro que pudo cargar en su jet privado, llamado “avión de compras” en honor a su graciosa debilidad por el despilfarro en centros comerciales. La hija y el yerno optaron por guarecerse en una lujosa suite de Euro Disney, cerca de París.

La rebelión en Túnez inspiró a otros pueblos árabes, también sometidos a despotismos vitalicios y arbitrariedades cotidianas. Decenas de hombres humildes como Bouazizi decidieron inmolarse en Arabia Saudita, Argelia y Mauritania. En Egipto, escenario de la siguiente convulsión, un comerciante apeló a ese doloroso método en demanda de pan subsidiado por el Estado. No era importante el pan, sino el decoro.

La mecha alcanzó a la monarquía de Jordania, obligada a retroceder algunos casilleros frente a la crispación popular. El dictador de Yemen, Alí Abdalá Saleh, protegido de los Estados Unidos, se resistió durante varios meses a las protestas de los huthis (chiitas apoyados por Irán) hasta que firmó un retiro concertado. El presidente de Argelia, Aziz Bouteflika, levantó en febrero de 2011 el estado de emergencia, en vigor durante 19 años. Otro tanto hizo el rey de Marruecos, Mohamed IV, para aplacar los ánimos.

La mayoría de esos regímenes, antes confiables y ahora despreciables para los gobiernos occidentales, había favorecido a las

elites sin reparar en las clases media y baja. Uno de cada tres egipcios menores de 30 años estaba sin trabajo. Los egresados universitarios apenas vislumbraban el progreso. No rezongaban por el pasado, temían por el futuro.

No había chivo expiatorio occidental, sino árabe culpable interno. El árabe culpable interno soportaba, desde siempre, autocracias arrogantes y mafiosas, blindadas por soldados y matones. Esas autocracias contaban con el aprecio mutuo y, mientras destilaban veneno contra Occidente e Israel, se valían de ambos para obtener compensaciones personales. La mayoría nunca disimuló su estrategia: recibía ayuda nacional e internacional para repeler a los terroristas y, en reserva, procuraba mantenerlos a raya dentro sus territorios con aportes económicos.

II

El cambio, abonado por el indecoroso final de Ben Alí, tuvo su correlato en Egipto, donde despojó de legitimidad a la dictadura de tres décadas de Hosni Mubarak, prometida en herencia a su hijo Gamal. En las revueltas no primaban el sesgo antioccidental y antisraelí ni la proclamación religiosa ni la reivindicación de causas afines, como la de Palestina, sino los excesos del pasado y la incertidumbre por el futuro.

Los pactos con el diablo terminan mal. Durante décadas, los gobiernos norteamericanos y europeos supusieron que esos regímenes eran aceptables. Un cable diplomático del Departamento de Estado norteamericano, filtrado por WikiLeaks, consignaba en febrero de 2010 advertencias a las autoridades egipcias sobre el uso indiscriminado de la ley de emergencia, que excusaba la represión desde el asesinato en 1981 del presidente Anwar el Sadat, antecesor de Mubarak. La policía se valía de ella para efectuar arrestos ilegales y limitar las libertades.

Desde Teherán, el ayatollah Alí Khamenei alentaba ahora a los egipcios a derrocar a Mubarak e instaurar un “régimen popular basado en la religión” islámica e inspirado en el estrenado en su país en 1979. Israel temía ese desenlace: “Mire lo que pasó en Gaza –recordó el presidente Shimon Peres en referencia al Movimiento de Resistencia Islámica (Hamás)–, si tras elecciones democráticas tenemos una dictadura religiosa extremista, ¿para qué sirven esas elecciones democráticas?”.

Llevaba razón: el presidente egipcio Mohamed Morsi, aupado por los Hermanos Musulmanes en las elecciones posteriores a la caída de Mubarak, asumió el 30 de junio de 2012 y cayó el 3 de julio de 2013 por obra y desgracia de un golpe militar.

Los iraníes tuvieron su revuelta en 2009. Los comicios presidenciales habían sido amañados. En las calles brotaban las protestas de la primera generación de iraníes nacida después de la revolución islámica de 1979. Era algo así como un anticipo persa de las revueltas árabes. Querían probar que la reelección del presidente Mahmoud Ahmadinejad había sido fraudulenta. Jóvenes con brazaletes y banderas verdes expresaban su frustración. Los reprimieron con saña y alevosía. Fracasaron. En los gobiernos occidentales sólo cosecharon indiferencia. Tuvieron su mártir: Neda, acribillada en Teherán. Tenía 26 años de edad, como el tunecino Bouazizi.

Desde la revolución de los ayatollah, la relación de Irán con los Estados Unidos ha sido tan tensa como virulenta. En ese momento, Irán tomó como rehenes a 66 diplomáticos y ciudadanos norteamericanos durante 444 días, del 4 de noviembre de 1979 y hasta el 20 de enero de 1981. Los Estados Unidos rompieron con Irán, líder de los musulmanes chiitas; Arabia Saudita, líder de los musulmanes sunitas, pasó a ser su aliado más confiable en la región.

En 2008, según los despachos diplomáticos norteamericanos revelados por WikiLeaks, el rey Abdullah de Arabia Saudita imploró a los Estados Unidos que “cortaran la cabeza de la ser-

piente”. Traducido: que bombardearan las instalaciones nucleares de Irán. También acusó al régimen de los ayatollah de alentar revueltas de la minoría chiita en su territorio.

El rey Abdelaziz, padre de Abdullah, firmó un pacto con el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt el 14 de febrero de 1945. Madeleine Albright, secretaria de Estado durante el segundo período de Bill Clinton, dijo en su momento que la relación con Arabia Saudita era la más compleja que tenían los Estados Unidos.

Esa relación superó el reconocimiento norteamericano de Israel en 1948, el embargo petrolero de 1973, el repudio saudita al tratado de paz entre Egipto e Israel en 1979 y el desencanto de los Estados Unidos por la presencia mayoritaria de sauditas entre los terroristas del 11 de septiembre de 2001.

La Casa de Saud, que reina en Arabia Saudita desde 1932, apoyó a Irak durante la guerra contra Irán, entre 1980 y 1988. En esos años, el ayatollah Seyyed Ruhollah Musavi Khomeini encargó pequeñas llaves de plástico a Taiwán. Las llevaban en sus cuellos los adolescentes que debían avanzar sobre terrenos sembrados de minas. Iban con mantas para evitar que sus cuerpos volaran por los aires. Los cadáveres, envueltos como tamales, trazaban senderos seguros hacia las filas enemigas. Suponían que las llaves iban a abrirles las puertas del Paraíso.

Tras décadas de sometimiento, la reacción de la gente durante la primavera árabe recreó aquello que todo régimen de fuerza detesta: la política. Esos regímenes, sin distinción entre dictaduras y monarquías, son autocracias que aplican leyes de emergencia para violar los derechos humanos y restringir las libertades con la condición de preservar el orden. Osama bin Laden y su ladero, Ayman al Zawahiri, quisieron volver a los califatos. A juicio de Al Qaeda, los gobiernos constitucionales y las monarquías islámicas son inaceptables. La democracia atenta contra el Corán, así como

las libertades de expresión y de culto. Ninguna autoridad está por encima de Alá y de su profeta, Mahoma.

La muerte de Mahoma, en el año 632 de la era cristiana, acentuó las diferencias. Los musulmanes se dividieron entre la mayoría sunita y la minoría chiita. Los sunitas, vencedores en la disputa por el califato en el siglo VII, creen en Mahoma pero están divididos, a su vez, entre los salafistas apolíticos (defensores a ultranza de la religiosidad) y los partidarios de la jihad (guerra santa), como bin Laden y los suyos. Los chiitas, que representan el 10 por ciento de los 1.300 millones de musulmanes, derivan de la expresión shiat Alí (los partidarios de Alí), primo y yerno de Mahoma. Creen en el linaje a partir de la descendencia de Fátima, la hija de Mahoma.

Son mayoría sólo en Irak; Saddam Hussein pertenecía a la minoría sunita. En Siria, la mayoría sunita convive con una minoría cristiana y otra alauita, a la cual pertenece el presidente Bashar al Assad, que no acata preceptos básicos del islam, como las cinco plegarias diarias, el ayuno del Ramadán y la peregrinación al menos una vez en la vida a La Meca.

Entre Hussein y Assad, además de haber usado armas químicas contra sus pueblos, existe otra coincidencia: la filiación al Partido Baath Árabe Socialista, fundado en 1947 como una alternativa nacionalista árabe, laica y radical socialista y separado en 1966 en una rama iraquí y otra siria que no comulgan entre sí.

III

Dos años después del comienzo de la primavera árabe, en un rato, el mundo pareció acomodarse sobre su eje. Fue a finales de septiembre de 2013. Los 15 miembros del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) resolvieron

por unanimidad el desmantelamiento de las armas químicas de Siria tras un acuerdo entre los principales antagonistas: los Estados Unidos y Rusia. A su vez, los presidentes de los Estados Unidos e Irán mantuvieron el primer contacto directo desde la revolución islámica de 1979. El diálogo telefónico entre Barack Obama y Hassan Rouhani habilitó la vía política para sanear las discrepancias por el programa nuclear iraní.

El súbito deshielo entre los Estados Unidos e Irán aplacó la crisis desatada por Siria. Desde el 21 de agosto de 2013, un mes y unos días antes de las coincidencias, la comunidad internacional estaba en una encerrona por la muerte con armas químicas de 1429 personas, de las cuales 426 eran niños, en los suburbios de Damasco. Obama, el primer ministro británico David Cameron y el presidente francés François Hollande se preguntaron: “¿Qué mensaje estamos dándole al mundo si un dictador puede gasear a sus ciudadanos sin pagar por ello?”.

La responsabilidad de proteger a civiles contra genocidios y crímenes de guerra o de lesa humanidad (R2P, sus siglas en inglés) deriva de las catástrofes humanitarias de Ruanda y Kosovo en los años noventa. La acción debe ser legitimada por el Consejo de Seguridad, máximo garante de la paz mundial. En ese ámbito no tenía consenso la represalia contra Siria por el poder de veto de uno de sus miembros permanentes, Rusia. ¿Era legal la intervención? Hasta la oposición siria sospechaba que, de concretarse, la situación iba a empeorar, como sucedió con cada auxilio occidental en otros países de la región cuyos gobiernos se vieron sacudidos por la primavera árabe.

De no hacer nada, iba a quedar impune un crimen de lesa humanidad. Esas muertes no eran peores que las 100.000 ocasionadas por la guerra civil siria en poco más de dos años, sino acaso más cuestionables por el método de ejecución empleado. De intervenir y tumbar al régimen vitalicio de Assad, la Coalición Nacional de Fuerzas de la Oposición y la Revolución Siria, copada

por radicales de Al Qaeda, no parecía ser mejor que la dictadura. Sobre los gobiernos occidentales pesaba la sombra de las ineficaces intrusiones en Egipto y Libia, azotados como Siria y otros países del norte de África por las revueltas populares iniciadas en la primavera de 2011.

En Europa temían ingresar en un túnel y no hallar la salida, aunque, como señaló Cameron, no pretendían derrocar a Assad, como había ocurrido con Hussein en Irak. Era más sensato instar al diálogo, como habían aconsejado el papa Francisco tras reunirse con el rey de Jordania, Abdalá II, y el secretario general de la ONU, Ban Ki-moon. Una posición similar adoptaron los gobiernos de la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur). Más allá de la impronta antinorteamericana de algunos de ellos, dejaron dicho que una acción militar contra Siria podía desencadenar un conflicto regional de gran magnitud e imprevisibles consecuencias.

La declamada represalia contra Siria pudo ser un tiro por elevación contra Irán, aunque su nuevo presidente, Rouhani, se mostrara más moderado que su antecesor, Ahmadinejad. Ambos actuaban bajo la tutela del guía supremo, el ayatollah Khamenei, la última palabra sobre cualquier cuestión.

También pudo ser un tiro por elevación contra el presidente de Rusia, Vladimir Putin, por haber dado asilo a Edward Snowden, el ex administrador de sistemas de la compañía privada de inteligencia Booz Allen Hamilton, empleado del Centro de Operaciones de Amenazas de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) en Hawaii, la CIA y la compañía Dell que había ventilado los excesos del espionaje de su país. Y pudo ser un guiño a Israel, Arabia Saudita, Turquía y los otros dispuestos a colaborar en un bombardeo contra el régimen de Assad, socio de Irán, Hamas y el partido-milicia libanés Hezbollah.

Entre ellos, el primer ministro de Israel, Benjamin Netanyahu, resultó ser el más escéptico respecto de la actitud conciliadora de Rouhani tras la amenaza de Ahmadinejad de “borrar del

mapa” al Estado judío. El gobierno israelí dejó entrever que se trataba de una “trampa de miel” para continuar con el programa nuclear iraní. Netanyahu y su partido, el Likud, concluyeron que ni los Estados Unidos ni Gran Bretaña ni Francia estaban dispuestos a bombardear a Siria mientras Al Qaeda, sin Bin Laden, encendía luces rojas con atentados en Kenia, Irak y otros confines.

¿Por qué la guerra civil siria no había provocado repudios más encendidos antes de la descarga de armas químicas? Por una pavorosa simplificación o especulación: Assad lidiaba con un enemigo común, el terrorismo infiltrado en la oposición, lo cual era beneficioso para mantener a raya a Al Qaeda, matándose cotidianamente con el ejército sirio a expensas de la población siria. Del continente americano sólo el presidente de Honduras, Porfirio Lobo, sucesor del depuesto Manuel Zelaya, había instado con los Estados Unidos, España y otros a una “fuerte respuesta internacional” sin mencionar en forma concreta un bombardeo.

Tras dos años de combates, fuego de artillería y ataques aéreos, cinco millones de sirios huyeron de sus casas y dos millones emigraron a Turquía, Jordania, El Líbano, Irak y el Kurdistán iraquí. Una crisis que, como en Túnez, Egipto, Libia y otros países, empezó con una revuelta popular y desató una guerra civil entre jihadistas sunitas respaldados por Arabia Saudita y Qatar y chii-tas de Hezbollah y la Fuerza Quds (Jerusalén), rama de elite de la Guardia Revolucionaria de Irán que ejecuta la mayoría de sus operaciones en el exterior.

IV

En un discurso histórico pronunciado en la Universidad de El Cairo, en 2009, Obama mencionó la palabra democracia apenas tres veces. La primera, al referirse a la guerra contra Irak, para

diferenciarse de su antecesor, Bush, y asegurar que “ninguna nación puede ni debe imponer a otra sistema de gobierno alguno”. La segunda, para aporrear a “algunos que defienden la democracia sólo cuando están fuera del poder y, una vez que llegan a él, son despiadados en la represión”. Y la tercera, para instar a sus pares a “respetar los derechos de las minorías” y aclararles que “las elecciones por sí solas no constituyen una democracia auténtica”. Ese año iba a recibir el premio Nobel de la Paz.

Era para alquilar balcones si el anfitrión, Mubarak, hubiera acusado recibo de sus palabras, pero estaba convencido de que a Obama le resultaba más cómodo conciliar con un déspota como él que apuntalar una rebelión en cadena en el mundo árabe. No veía razones para preocuparse. Sólo pretendía recomponer la relación bilateral, maltrecha durante la gestión de Bush, y mostrarse como “el aliado indispensable” de los Estados Unidos. Llegó a serlo Mubarak tras firmar el acuerdo de paz con Israel, cooperar en la solución de las crisis recurrentes de Medio Oriente y repeler la expansión regional del régimen de los ayatollah, instaurado por Khomeini en Teherán exactamente 32 años antes de su caída, el 11 de febrero de 1979.

Irán es el único Estado islámico contemporáneo establecido gracias a una revolución. En 2013, durante su investidura, el presidente Rouhani insinuó que el diálogo iba a sacar a su país del aislamiento y de la confrontación, profundizados durante el gobierno de Ahmadinejad por las discrepancias originadas por el programa nuclear y sus nocivas arengas contra Israel. La situación económica, con salarios deprimidos y un alarmante aumento del desempleo y la inflación, tendía a empeorar.

Nadie imaginaba que Rouhani iba a tenderle una mano a Obama. Tampoco imaginaba nadie que Mubarak, con el pelo negro azabache como el depuesto dictador tunecino Ben Alí en su afán de mostrarse viril y lozano, otra característica de los árabes, que los egipcios iban a tumbarlo después de manejar durante tres

décadas un gobierno que transformó en un califato. Enarboló la represión y la corrupción como pilares de su fortuna y creyó, como Hafez al Assad en Siria, que su hijo iba a sucederlo.

Hasta la revuelta de Túnez, los Estados Unidos, la Unión Europea e Israel suponían que la fórmula hereditaria, como la ley de gravedad, era imposible de ser derogada. En Egipto y alrededores pesaba tanto la decepción con los partidos políticos como el clamor de los jóvenes, despojados de futuro. Entre 360 millones de árabes, seis de cada 10 eran menores de 30 años y, según el Banco Mundial, demoraban un promedio de tres años en conseguir empleo. Eran los que habían estado a la vanguardia de las protestas y ahora se golpeaban el pecho con el desenlace, pero tenían tanta incertidumbre como antes.

El desempleo, así como la falta de horizontes, retrasaba hasta las bodas, signo cultural de madurez entre ellos. Unos 65 millones, en su mayoría musulmanes, vivían por debajo de la línea de la pobreza con poco más de dos euros por día. Esa franja iba a crecer el doble que la población mundial. Una de cada cuatro personas iba a profesar su religión en 2030. En el cambio, precipitado por el otoño de las autocracias y las monarquías, se cotizaba mejor la perplejidad que la tiranía.

El contraste entre la cúpula del poder y la base de la población es lapidario. Esos despotismos, a contramano de la tradición árabe, carecían de apellidos de rancia estirpe. Los orígenes de Mubarak, Ben Alí, Gadafi y Hussein eran modestos. Ni Nasser ni Sadat evaluaron la sucesión dinástica a sus hijos. Hasta la transferencia del poder en Siria de Hafez al Assad a su hijo Bashar no había nepotismo. La matanza de 20.000 personas en la ciudad siria de Hama, fortaleza sunita en desacuerdo con el régimen alauita, marcó a una generación que, desde los años ochenta, supo del rigor en respuesta a sus reclamos.

El ocaso de un converso como Gadafi, presidente de facto de Libia desde el 1º de septiembre de 1969 hasta poco antes de

su muerte, el 20 de octubre de 2011, se tradujo, para Occidente, en la pérdida de un aliado con prontuario. En la región, los reyes Abdullah de Arabia Saudita y Hamad bin Isa al Jalifa de Bahrein, así como sus dirigencias sunitas, aventaron la insurrección de las mayorías chiitas de ambos países, leales a Irán, al igual que el presidente sirio Assad. Esas situaciones confusas e irresueltas, en coincidencia con el crecimiento de Hezbollah en el Líbano y de Hamas en Gaza, hicieron cobrar relieve al afán de Ahmadinejad de desarrollar su programa nuclear.

En Egipto, el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas, presidido por el mariscal Mohamed Hussein Tantawi, antes mano derecha de Mubarak, se había comprometido a democratizar el país. En la transición, plagada de huelgas por la precaria situación económica, mandaban los militares. No eran las mejores manos; eran las únicas capaces de repeler los desbordes provocados por la ansiedad en rubricar el cambio.

La camada de dictadores en decadencia convirtió sus nombres en columnas capaces de sostener sobre sus ignotas raíces califatos vigorosos: forjaron fortunas en defensa propia. La edad de la población global ronda los 28 años. Sólo en Egipto, la edad promedio es de 22 años. Los elogios del Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial tras la crisis de 2008 no contentaron a la gente, escaldada por la falta de trabajo y oportunidades. Uno de cada tres menores de 30 años de edad estaba desempleado. El granero del imperio romano importaba alimentos y debía subsidiarlos para darles de comer. Muchas familias dependían de las remesas enviadas por sus parientes desde el exterior.

Los líderes occidentales se enteraron tarde. Después de sostener a Mubarak con vagas reflexiones sobre la necesidad de preservar la estabilidad, la secretaria de Estado, Hillary Clinton, se las ingenió para concluir que las protestas componían “la tormenta perfecta” en una región cuyo “statu quo es insostenible”. Eso no implicaba apurar un salto al vacío ni el vacío de poder. También

fue la razón de la indulgencia inicial de Israel y de la vacilación odiosa de la Unión Europea ante la inminente caída de la siguiente pieza de un dominó que no resistía comparación con la revolución iraní ni con la desintegración de la Unión Soviética. Era una revuelta árabe de la cabeza a los pies.

Históricamente, según la secretaria Clinton, “las revoluciones han derrocado a dictadores en nombre de la democracia, pero los nuevos autócratas secuestran el proceso y usan la violencia, el engaño y las elecciones amañadas para permanecer en el poder”. En esa descripción encajaba Mubarak; estrenaba el merecido mote de dictador en el léxico norteamericano. El presidente de Irán, Ahmadinejad, se mostró entusiasmado por otra razón: “Surge un nuevo Medio Oriente sin el régimen sionista ni la injerencia estadounidense”, exclamó, eufórico, al alzar un cartel con la leyenda “Abajo Israel”.

En Egipto, la religión encarnada en la Hermandad Musulmana, grupo islamista vedado por el régimen de Mubarak, surgió como una poderosa fuerza política después de una revuelta basada en ideales seculares. El deseo de ponerse del lado correcto de la historia, insinuado por Francia y Gran Bretaña, era insuficiente para resolver el acertijo del futuro. En ese dilema ningún gobierno occidental se sentía ni se siente cómodo ni seguro, más allá de los roles invertidos de Francia y los Estados Unidos tras el fiasco de Irak.

